

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
E INVESTIGACIÓN DE LA
COMUNIDAD ASHKENAZI
DE MEXICO

El fondo hebreo antiguo de la Comunidad Ashkenazí de México

Carsten Wike

La clasificación de las bibliotecas de los siglos XVII y XVIII, donde de la A a la Zeta desfila una arquitectura ingeniosa del conocimiento humano, puede inspirar al lector en algún momento una vana curiosidad: ¿cuál será el libro tan primordial que haya merecido por signatura la cifra "uno" de la letra "A"? Para la Biblioteca nacional de Francia, la respuesta es sencilla: la primera letra del alfabeto clásico del saber corresponde a la Teología; tal ciencia absoluta empieza con la revelación y ésta con el Antiguo Testamento, escrito originalmente en hebreo. Por lo tanto, el libro A 1 entre los catorce millones de aquella gran biblioteca parisina no puede ser sino la Biblia hebrea, en su edición más célebre: la que produjo el flamenco Daniel Bomberg en Venecia, el año de 1517.

Las compras de manuscritos hebreos que organizó el cardenal Richelieu para la

biblioteca de su rey eran a tal punto abundantes, que el actual conservador de ese fondo me confió alguna vez su convicción de que el poderoso valido de Luis XIII hubiera sido de origen judío. Hay que advertir que también su sucesor Colbert, ministro de Luis XIV, iba a mostrar un afán semejante de coleccionar libros y manuscritos en la lengua de la Biblia. Ya en tiempos de Thomas Bodley, fundador de la biblioteca universitaria de Oxford, una biblioteca que se honraba, aspiraba a poseer un fondo de libros hebreos, sea la que fuese la capacidad de su dueño en descifrarlos.

El mito del hebreo como lengua de la creación y del paraíso no deja de revelar un hecho histórico: durante mucho tiempo, los occidentales conocieron el hebreo como la más antigua entre las literaturas aún vivientes y como el único constante puente literario hacia las antiguas civilizaciones del

Oriente.

Esta veneración del hebreo tuvo sus reflejos también en la Nueva España. En un cuadro del Museo de Querétaro, Cristóbal de Villalpando pinta a San Andrés leyendo en un volumen de caracteres hebreos imaginarios, cuyas hojas el santo voltea ostensiblemente de izquierda a derecha.

La conciencia de las raíces hebreas de la civilización cristiana no ha incitado a los bibliófilos mexicanos a constituir fondos bibliotecarios en aquella primordial letra cuadrada. Juan Palafox, quien poseía en su biblioteca los ocho volúmenes de la Biblia Políglota de Benito Arias Montano (Amberes, 1573) estaba lejos de compartir la curiosidad hebreófila de su contemporáneo el mencionado cardenal francés. Durante el virreinato, tal actitud hubiera merecido la atención de los inquisidores. Consumida la ruptura con Europa y, más tarde, con el cristianismo, el siglo XIX latinoamericano destruyó también las concepciones teológicas, bibliocentristas y hebreocentristas de la genealogía de las civilizaciones, junto con la tradición humanista que consideraba las tres lenguas clásicas como idiomas universales. Hoy en día, varias instituciones académicas del país han adquirido uno u otro libro hebreo para su biblioteca, pero salvo error, ninguna de ellas posee un fondo histórico en este idioma. Este vasto dominio de la historia del libro estaría ausente del patrimonio bibliográfico nacional si no lo hubiesen cultivado las instituciones religiosas o pedagógicas de la comunidad judía.

El fondo que tengo el placer de presentar aquí se encuentra bajo la custodia de una institución joven, fundada hace unos trece años. El Centro de Documentación

e Investigación de la Comunidad Ashkenazí posee, aparte de sus archivos escritos, fotográficos y orales, una biblioteca de 15.000 libros impresos, cuya especialidad es su gran colección de literatura yidish de las primeras décadas del siglo XX, más su 1.400 libros hebreos del llamado fondo antiguo, al cual sólo me referiré en este artículo. Mi propósito es en primer lugar trazar el perfil cronológico, temático y geográfico de esta sección, y en segunda instancia resumir el itinerario histórico singular que trajo estos libros de Europa hasta México, y en la tercera presentar los recientes proyectos de tratamiento del fondo, a cuya clasificación y catalogación me dedico desde hace un año.

I.

La demarcación entre fondos antiguos y nuevos no fue en este caso el resultado de una mera decisión arbitraria. En Europa, cuna y patria de la edición hebrea, la Segunda Guerra Mundial significa también la destrucción de esta civilización literaria por el exterminio o el exilio de los que fueron sus autores, editores y lectores. Teniendo en cuenta esta incisión histórica, intentamos unir en nuestro antiguo fondo los libros oriundos del judaísmo europeo antes de su catástrofe. Añadimos a esto los volúmenes hebreos que durante la misma época fueron producidos fuera de Europa, es decir en los países del Medio Oriente y en los Estados Unidos de América.

De nuestros 1.400 volúmenes hebreos, unos 120 tratan de saberes profanos como historia, bibliografía, geografía, filosofía general, lingüística, sicología y Bellas Letras. Todos los demás, es decir el 92 % del fondo y la casi totalidad de la parte más antigua, son libros religiosos. Hay que hacer notar que en la tradición judía, un libro religioso

normalmente no es un libro de devoción como en el cristianismo, sino una obra de erudición hermenéutica o jurídica. Los 82 libros doctrinales y los 145 libros de liturgia ocupan respectivamente sólo el 6 y el 10 % del fondo, mientras que el 75 % tocan a la exégesis de los textos sagrados. 463 volúmenes se refieren a la Biblia en forma de ediciones, comentarios y exploraciones homiléticas, 265 volúmenes contienen textos y explicaciones del Talmud, y 368 están dedicados a la recopilación de los códigos medievales y modernos de la jurisprudencia rabínica, como también a su interpretación y su aplicación práctica.

En cuanto a las fechas de impresión, la gran mayoría del fondo proviene de la segunda mitad del siglo XIX y de los primeros años del siglo XX. Se trata de las bibliotecas personales que los inmigrantes judíos de los años 1920 trajeron desde Europa a México y que sus descendientes han legado a las sinagogas o directamente a la biblioteca comunitaria.

La mayor parte de estos libros fue fabricado en los cuatro centros del judaísmo polaco de entonces: Cracovia y Lviv (Lemberg) en el imperio austro-húngaro, donde la tipografía hebrea moderna de aquella región tuvo sus inicios, y Varsovia y Vilna en el imperio czarista, cuyos impresores dominaron la producción del libro hebreo a fines del siglo. El CDICA posee especímenes de todas las importantes oficinas de aquella época, entre las cuales las firmas "Viuda e Hijos Romm" en Vilna y "Hijos de Samuel Orgelbrand" en Varsovia adquirieron la mayor fama por sus monumentales ediciones talmúdicas. Nuestro fondo ilustra también como desde la primera guerra mundial, la actividad

tipográfica hebrea de Nueva York y de Jerusalén ganó rápidamente en importancia sobre los centros europeos.

Los volúmenes anteriores a 1850 que he podido identificar hasta la fecha son 102, o sea menos de 8 % del fondo. No puedo pretender por el momento un conteo exhaustivo, están por esperarse los resultados de la catalogación sistemática de los libros, entre los cuales muchos carecen de portada y de colofón. Entre las ediciones cuya fecha exacta he podido determinar, *43 fueron impresas en la primera mitad del siglo XIX, 29 lo fueron en la segunda mitad del siglo XVIII, 22 en la primera mitad de aquel siglo, 5 en la segunda mitad del siglo XVII, 2 en la primera mitad de aquel mismo siglo y finalmente 1 en la segunda mitad del siglo XVI.*

Entre estos tres especímenes aislados de la impremería renacentista, el más antiguo es parte de una reedición de la ya mencionada biblia de Daniel Bomberg, donde los libros de Josué, de Samuel y de los Reyes se leen acompañados de los principales comentarios medievales. Este volumen in-folio salió en 1568 de las prensas de Juan di Gara, otro impresor cristiano de Venecia, lugar donde los judíos no tenían por entonces el derecho de dirigir sus propios negocios tipográficos. De los dos otros libros, impresos respectivamente en 1640 y en 1644, el uno presenta un compendio in-folio del derecho civil rabínico y el otro un inventario in-octavo de los preceptos sobre la pureza e impureza ritual; ambos fueron producidos por Menajem Meysels en la ciudad polaca de Cracovia, donde los tipógrafos judíos sí tenían sus propios talleres. Como ya vimos, nuestro fondo es

mucho más nutrido para las últimas décadas del siglo XVII y para el siglo XVIII. Su composición geográfica en este período refleja la importancia de la actividad tipográfica judía en los países germánicos, pero esta asimetría se explica también por la historia de nuestro fondo, de la cual hablaremos. Si nos basamos en nuestro conteo provisional de 102 volúmenes anteriores a 1850, no menos de 65 fueron impresos en la federación germánica de entonces, es decir en los territorios pertenecientes actualmente a Alemania, Austria, el País Checo o la Silesia polaca.

El más antiguo espécimen es un comentario bíblico de Don Isaac Abravanel, editado in-folio por el impresor cristiano Thomas Rose en Hamburgo, 1687. Europa del Este, que albergaba la mayor parte de los judíos del continente, contribuyó mucho menos a la impremería hebrea, lo que se puede atribuir a las deficiencias del desarrollo técnico y, más aun, a la censura cristiana vigente. Sólo 18 de nuestros 102 más antiguos volúmenes fueron impresos en la monarquía polaca – casi todos después de su partición a finales del siglo XVIII – y uno en Hungría. En cuanto a la Europa Occidental, contamos 11 volúmenes de los Países Bajos y uno de Francia, mientras el mundo mediterráneo nos ha legado 3 volúmenes hebreos de Italia y otros tantos del Imperio turco.

Entre los 35 lugares de impresión, el más representado es la ciudad de Fürth cerca de Nuremberg con 15 ediciones. Esta serie empieza con otro compendio del derecho civil rabínico de más de mil páginas in-folio, impreso en 1692, apenas un año después de los inicios de la imprenta hebrea local. Ésta funcionó hasta el siglo XIX;

nuestro más reciente ejemplo es de 1866. En segundo lugar, están representadas las célebres imprentas de Amsterdam por 11 volúmenes, entre ellos se ven ediciones eruditas de gran formato como también libros destinados al uso popular y devocional. De Viena y de Praga vemos 9 y 6 ejemplares, casi todos datados alrededor de 1800. Francfort del Meno está representado por 7 espléndidos in-folios talmúdicos impresos entre 1714 y 1721; de la ciudad homónima Francfort de Odra hay 5 libros hebreos de carácter más popular y con fechas entre 1698 y 1807. Cuatro volúmenes son de Berlín y tres respectivamente de Dyhernfurth (Brzeg D.) en Silesia, Lviv, Medzibozh y Zhovkva en la actual Ucrania. La actividad tipográfica hebrea en el Imperio turco se refleja en dos volúmenes impresos en Constantinopla en el siglo XVIII, sin contar diferentes ediciones decimonónicas de Izmir y de Jerusalén. Nuestro más antiguo espécimen jerusalemita vio la luz en 1845, es decir cuatro años después del establecimiento de la primera prensa hebrea en la ciudad santa. En cantidad y en antigüedad, nuestro conjunto de libros evidentemente no puede compararse con los tesoros virreinales que subsisten en las bibliotecas mexicanas ni aun con los fondos hebreos que pueden tener bibliotecas norteamericanas, europeas o israelíes. La colección merece interés, sin embargo, por dos razones: la primera es el simple hecho de que es la única de su especie en México; y la segunda, los extraordinarios itinerarios históricos que la trajeron aquí.

II.

El Centro de Documentación e Investigación de la Comunidad Ashkenazí, donde se

encuentran los libros mencionados, fue creado en 1993 con el objetivo de rescatar el patrimonio archivístico y bibliográfico del judaísmo mexicano. Los colaboradores tuvieron que unir los documentos que estaban dispersos entre particulares y instituciones, y entre éstas los restos de una biblioteca comunitaria que se había almacenado tras los graves daños causados por el sismo de 1985. Esta primera biblioteca parece haber tenido su origen en 1957, cuando los ashkenazitas de México se unieron en una sola "kehilá" (este término hebreo se prefirió hasta 1992 a su traducción española de "comunidad"). El edificio comunitario actual, inaugurado en 1965, albergaba hasta el sismo varias bibliotecas distintas, entre las cuales las más voluminosas fueron la biblioteca popular de préstamo de la kehilá y una biblioteca pedagógica destinada al trabajo de su seminario de maestros. Al lado de estos acervos, aún fácilmente reconocibles por sus sellos, había una gran cantidad de libros no marcados dedicados al uso sinagoga o al estudio talmúdico, y finalmente un fondo reservado de los cuatrocientos libros antiguos que eran guardados en un librero en el local del Comité Central Israelita.

Durante aquella época de 1957-1985, la biblioteca recibió importantes donaciones de miembros de la comunidad, entre las cuales las bibliotecas de dos o tres de sus rabinos. Sin embargo, heredó la mayor parte de su acervo histórico de diversas asociaciones judías que existían en el ámbito metropolitano antes de fundarse la *kehilá*: cofradías religiosas, asociaciones juveniles, sociedades culturales, ligas caritativas y clubes sociales, sin olvidar los grupos que, en el campo del activismo político, se

compartieron entre el sionismo y las diferentes tendencias izquierdistas de entonces. Las bibliotecas de muchos de estos grupos, ideológicamente tan distintos, se han unido hoy en el Centro con los libros de unas cinco sinagogas de la ciudad. Las asociaciones laicas de la primera generación mantenían bibliotecas de préstamo dominadas por la lengua yidish, con ocasional presencia del español, mientras la lectura hebrea era casi enteramente limitada a los contextos sagrados.

Según el modelo judío tradicional, las sinagogas sirven también al estudio colectivo del Talmud. En el caso de la primera sinagoga ashkenazí de México sabemos detalles sobre la constitución de su biblioteca talmúdica: cuando en el mes de abril de 1922, treinta inmigrantes judíos alquilaron para sus oraciones una sala en el centro de la ciudad, esta primera sinagoga tuvo también un destino de *bet-midrash* o "casa de estudio". Shmuel Eliezer Donshik, que hizo oficio benévolo de cantor y rabino, pidió a organizaciones judías de Nueva York que asistieran a la nueva sinagoga judeo-mexicana con el envío de libros talmúdicos. Los primeros libros donados, que llegaron a México durante la misma primavera, se reconocen todavía en el fondo hebreo actual, porque Donshik marcó cada volumen con su letra.

Aparentemente hubo varias otras donaciones del extranjero, porque entre los volúmenes hebreos del Centro se descubren múltiples sellos de bibliotecas judías religiosas en Estados Unidos. Los judíos ortodoxos de aquel entonces se preocupaban poco de las fechas y del eventual valor histórico de sus libros, de modo que entre los duplicados mandados se hallan también

varias ediciones del siglo XVIII e incluso una del siglo XVII. No es raro encontrar libros que han sido impresos en Alemania, vendidos a Rusia, llevados por un emigrante a Estados Unidos y finalmente enviados a México. Sin embargo, la parte más preciosa del fondo hebreo no proviene de sinagogas ni asociaciones, sino de la biblioteca del Comité Central Israelita de México, la primera organización común que las organizaciones judeo-mexicanos crearon en 1938 con el objetivo de enfrentar las presiones antisemitas de aquella época, pero que iba a dedicarse también a muchas tareas sociales y culturales. Los varios centenares de libros que llevan el sello del Comité forman una colección extraordinaria, que no solamente contiene cantidad de libros raros, sino ostenta también un número considerable de proveniencias extranjeras.

En los libros, casi todos en idioma hebreo o alemán, se advierten sellos de más de cuarenta bibliotecas judías europeas, principalmente de Alemania, pero también de Checoslovaquia, Polonia, los países bálticos, Hungría y Grecia. Aunque sean tan diversas sus proveniencias, tienen un elemento en común: sus poseedores, instituciones judías o personas privadas, perecieron en el Holocausto. Entre los sellos más frecuentes son los de los tres seminarios rabínicos que existieron en Alemania antes de la guerra: el "Seminario teológico judío" de Breslau (hoy Wrocław) en Silesia, que fue fundado en 1854, identificado con la corriente conservadora del judaísmo; la "Escuela Superior para la Ciencia del Judaísmo" que representaba el seminario teológico del judaísmo liberal, fundado en Berlín en 1872; y el "Seminario rabínico para el judaísmo ortodoxo", fundado en Berlín

en 1873. Al llegar los nacional-socialistas al poder, el seminario conservador tenía más de 30 mil libros, el seminario liberal casi 60 mil y el seminario ortodoxo unos 15 mil volúmenes. Al lado de estas instituciones científicas, encontramos frecuentemente los sellos de cuatro grandes bibliotecas comunitarias, a saber las de Berlín, Francfort, Karlsruhe y Königsberg. La primera fue fundada en 1902 para reunir, según el modelo de la Public Library americana, objetivos eruditos y educativos. Vemos en el Centro varios libros raros de su acervo, que contaba alrededor de 50 mil volúmenes a principios de la época hitleriana.

Estas grandes colecciones de judaica que existían en Alemania, como también muchas otras más pequeñas, fueron confiscadas por el régimen nazí durante las semanas posteriores a la llamada "Noche de cristales rotos" en 9 de noviembre de 1938. La quema de las sinagogas alemanas en esa noche nos recuerda que la persecución nacional-socialista de los judíos no solía respetar monumentos culturales. La conservación paradójica de una parte del patrimonio bibliográfico judío se debe a dos particularidades del antisemitismo nazi: la primera fue el afán de despojo económico que acompañaba la degradación de la minoría judía y, más tarde, su exterminación física; la segunda fue el esfuerzo pseudo-científico para justificar la persecución. Así, las partes antiguas o preciosas de las bibliotecas saqueadas se reservaban porque constituían objetos de valor; y estos libros judíos debían integrar institutos especiales que, en el marco del llamado antisemitismo científico, recibían la vocación de probar las doctrinas raciales sobre las cuales se

apoyaba el régimen nazi, y particularmente el carácter supuestamente abyecto y criminal de la religión judaica. Ciertos libros del Comité Central Israelita de México muestran marcas de los principales institutos antisemitas nazis. El águila alemana con la suástica adorna el sello del "Instituto Imperial para la Historia de la Alemania Nueva", que ya se había fundado en 1933, el año de la toma de poder por Hitler. Un sello *Einsatzstab RR* indica que ciertos libros pertenecieron al equipo de Alfred Rosenberg, uno de los principales ideólogos nazis, quien fue nombrado en 1940 por Hitler para confiscar en los países conquistados bibliotecas judías, masónicas y marxistas. El botín de Rosenberg y sus colaboradores alimentó el "Instituto para la Investigación de la Cuestión Judía", que se fundó en 1941 en Francfort como parte de una red de adoctrinamiento interno del partido nacional-socialista; al cabo de tres años de saqueos en toda Europa, esta biblioteca tuvo un acervo de medio millón de libros. Quedaron más de cien mil que los nazis dejaron a los internados del gueto Terezín (Theresienstadt) en Bohemia: se explica así el sello "Biblioteca del Gueto" (*Ghetto-Bücherei*) que se halla en un libro de nuestro Centro. Pero ya desde 1942, la SS llevó la mayor parte de los libros confiscados directamente a su sitio berlinés.

La "Oficina Imperial Central de Seguridad" (*Reichssicherheitshauptamt*) en Berlín, de donde la SS dirigió los organismos de represión policiaca y, en particular, la política de la exterminación de los judíos, tuvo un "Departamento ideológico" que coleccionaba libros de los grupos perseguidos por el régimen. Su biblioteca llegó a contar más de dos millones de libros

sacados de instituciones tanto judías como católicas, masónicas y comunistas. En esta monstruosa biblioteca se practicó una forma particular de trabajo forzado: cuarenta científicos judíos fueron deportados al edificio de la SS para llevar a cabo los trabajos de catalogación. Dos libros de nuestro Centro contienen aún fichas bibliográficas de las que escribían estos trabajadores forzados. Los nazis atribuían a estos libros "enemigos" tanta importancia que intentaron evacuarlos cuando las ciudades donde se encontraban sufrían los ataques aéreos. Una parte, relativamente pequeña, de la biblioteca del "Departamento ideológico" se salvó así de los incendios.

Después de la victoria de 1945, los ejércitos aliados descubrieron escondites de libros judíos en el campo alemán, en almacenes, fábricas, castillos, minas o vagones de ferrocarril. Los depósitos de la zona de ocupación norteamericana fueron reunidos en un edificio industrial en Offenbach cerca de Francfort, donde se inició un increíble esfuerzo de restitución: varios millones de libros fueron clasificados por sellos y se los mandaba de regreso a las instituciones despojadas o, cuando éstas ya no existían, se los expedía a las autoridades de sus países de origen.

En 1949, tras la restitución de 93 % de los libros robados, se quedó un resto de 560.000 volúmenes irrestituibles: la mayor parte provenía de instituciones judías alemanas exterminadas sin sucesor jurídico, otros no tenían ninguna marca de posesión, otros aún llevaban nombres de particulares desaparecidos. Estos libros sin dueño fueron depositados en el museo regional de Wiesbaden y remitidos al

Congreso Judío Mundial, el cual creó un organismo independiente llamado "Reconstrucción cultural judía" (*Jewish Cultural Reconstruction*) y le dio la tarea de distribuir estos libros entre varias docenas de bibliotecas judías, nacionales y universitarias en el mundo. Los responsables de la distribución fueron dos distinguidos historiadores de aquel tiempo, Salo Baron y Gershom Scholem, junto con la filósofa Hannah Arendt.

Los archivos del Comité Central Israelita nos permiten reconstituir cómo fue que México recibió su parte de esta distribución. En octubre de 1949 llegaron al Comité rumores bastante imprecisos según los cuales el ejército alemán (*sic*) hubiera devuelto "un lote" de libros judíos a ciertas instituciones israelitas estadounidenses. Un miembro del concejo judeo-mexicano proponía entonces que se "tome la iniciativa de traer este lote a México y que sirva de base a una biblioteca pública judaica". La propuesta se aceptó; y al cabo de unos meses llegó la noticia que mil libros provenientes del depósito alemán ya se habían embarcado con destino a Veracruz. Cuando estos libros les fueron entregados en el verano de 1950, los miembros del Comité tenían que darse cuenta que se trataba casi exclusivamente de publicaciones en lengua hebrea y alemana, de modo que parecía imposible constituir con ellos una biblioteca para un público que leía en yidish, en español o máximo en inglés.

Durante dos años, el asunto quedó inconcluso, pero al fin se tomó la decisión de abrir la biblioteca a pesar de las objeciones. Esperando que el fondo se aumentara de títulos más útiles, se le pondría, como dice el protocolo, "una inscripción adicionada sobre

los libreros para proclamar en forma oficial que los libros constituyen un monumento sagrado en honor de los mártires judíos de Europa". La "Biblioteca judaica" se inauguró, efectivamente, el 25 de septiembre de 1952 en la calle de Cuba 81 del centro metropolitano. Esta institución singular, que era más bien un monumento, ofreció un servicio mínimo de seis horas por semana; y ya al cabo de cinco años suspendió sus servicios. Con respecto al hecho de que los libros constituían "el patrimonio de la comunidad y la herencia espiritual de las comunidades israelitas devastadas por los alemanes en Europa", se decidió no dividir este acervo y legarlo a la Kehilá Ashkenazí, que acababa de fundar su propia biblioteca.

III.

La catalogación de nuestro fondo y su posible presentación al público tiene que afrontar un dilema que los señores del Comité Central Israelita de México ya formularon hace medio siglo con una notable lucidez. Por causa de sus idiomas, su edad y su temática, este fondo nunca podría servir como fondo bibliotecario a un público mexicano, aunque sea un público mexicano judío. Con todo, se trata de un monumento histórico de un impacto simbólico y conmemorativo: estos libros de asesinados se reconocieron como testigos silenciosos al igual de los anteojos y zapatos que han quedado en los lugares del genocidio.

En los últimos años, varias bibliotecas han empezado a interrogarse por los libros que recibieron hace medio siglo por la "Reconstruction Cultural" y que en Estados Unidos se ha convenido llamarles comúnmente *Holocaust books*. La Universidad de Iowa les pegó fichas

conmemorativas, la Universidad hebraica de Baltimore les está dedicando un catálogo o por lo menos un señalamiento especial en su OPAC. La Biblioteca del Congreso de Washington organizó hace un año una exposición bajo el título *Brands plucked from the fire*, "Impresos salvados del fuego". Importa añadir que el valor simbólico y didáctico de estos libros no se limita, ni debe limitarse, a documentar un genocidio y los sorprendentes casos de sobrevivencia.

La amplia distribución geográfica y cronológica de los documentos literarios y tipográficos conservados por el Centro es suficientemente representativa para ofrecernos la posibilidad, ciertamente única en México, de poder apreciar un panorama coherente de la historia del libro hebreo entre los años 1680 y 1940. Tales consideraciones animaron a la Comunidad Ashkenazí a encargarme de la catalogación de los mil cuatrocientos libros hebreos, que hasta ahora carecen de inventario. Está aún por determinar, según el financiamiento disponible, si el catálogo puede publicarse en un volumen impreso, si se divulgará por la red electrónica o si quedará limitado a la consulta interna. El contexto, el propósito y los probables destinatarios de este proyecto requieren, por supuesto, criterios propios.

Resulta evidente que no se pueden adoptar los usos que dirigen normalmente la catalogación científica de bibliotecas hebreas ni los que se les están aplicando en México a libros latinos o españoles. Renuncié, por ejemplo, a transcribir el texto de portadas, incipit opus, explicit y colofones; y trato de elaborar una coexistencia armónica entre una condensada descripción bibliográfica y las explicaciones pertinentes que necesita el lector no

especializado. En la introducción del catálogo, espero apoyarme en fotografías, mapas y diagramas para poder presentar los etapas y la geografía de la literatura y la tipografía hebrea, como también los estándares técnicos y estéticos de esta última. Un índice exacto de proveniencias podría introducir al lector a la historia de las bibliotecas judías en Europa y América durante los años 1850-1940.

Las indicaciones recogidas son las siguientes:

- 1.Nombre del autor;
- 2.Título de la obra a) en caracteres hebreos; b) en transcripción simplificada; c) en traducción española;
- 3.Breve resumen del asunto en español;
- 4.Nombres de las personas que intervinieron entre el autor y la edición, a saber editores, traductores y autores de comentarios o glosas que están impresos al lado de muchas obras rabínicas;
- 5.Nombre y lugar del editor y del impresor (que no siempre son idénticos), categoría que nos confronta con infinitas variantes ortográficas, porque los antropónimos y topónimos aparecen ortografiados alguna vez según las normas del hebreo o del yidish, otra vez transcrito al ruso, al polaco o al alemán.
- 6.Fecha del libro, que se da las más veces según el calendario judío y en casos más raros según el calendario civil; a veces encontramos ambas cifras.
- 7.Para numerar sus libros religiosos, los judíos siguen practicando frecuentemente el conteo por fojas; sin embargo, hay también ediciones paginadas y otras muchas que acumulan dos series de cifras o que alternan entre foliación y paginación,
- 8.Descripción de los elementos decorativos

como portadas, viñetas y grabados,
9.Elementos de la historia del ejemplar, a saber a) inscripciones manuscritas de poseedores; b) sellos de bibliotecas europeas o norteamericanas; c) sellos u otras trazas de la confiscación por los nazis y la restitución por los americanos; d) sellos u otras marcas de bibliotecas judeo-mexicanas con los datos de las clasificaciones anteriores;

10.Descripción de la condición física del papel y del encuadernado, estimación de las necesidades de restauración.

El multilinguismo del catálogo impide en muchos casos un tratamiento esquemático del material. Por lo tanto, sigo trabajando por el momento sobre fichas de papel y utilizo un simple programa de tratamiento de texto, lo que da la posibilidad de incluir caracteres hebreos al catálogo y de adoptar una cierta flexibilidad en la presentación de las observaciones.

Un factor que complica la descripción de los libros hebreos es también el deterioro por el uso. Muchos volúmenes han perdido su portada y con ésta, las indicaciones sobre lugar y fecha de la edición. Las bibliografías hebreas, impresas o electrónicas, son en general suficientes para identificar la edición, si se sabe el título de la obra, el formato del libro y el número exacto de las hojas. En cuanto a las ediciones de la época preindustrial, sólo en uno de 23 casos de volúmenes sin portada la identificación me queda hasta ahora imposible. Para impedir que los libros del antiguo fondo hebreo se deterioren más, podría parecer conveniente catalogarlos junto con la ediciones modernas del Centro, lo que permitiría ofrecer al lector ediciones que sean materialmente menos sensibles. Sin embargo, el escaso número de lectores no hace parecer muy urgente esta

tarea. Preferiría acompañar el catálogo del fondo hebreo de un inventario de los libros alemanes provenientes de la biblioteca del Comité y, por lo tanto, de la distribución de los depósitos nazis en 1950. Este fondo, que ya ha sido tratado por otro voluntario, es en general más reciente que el hebreo: sin contar un libro aislado de 1782, da una idea de la edición judía en alemán entre los años de 1825 y 1937.

Varios aspectos del patrimonio hebreo de los ashkenazitas de México que acabo de presentar pueden parecer únicos: su idioma oriental leído hoy por unos raros especialistas, su contexto genético al seno de una comunidad religiosa minoritaria, su itinerario histórico no menos singular. Con todo esto, tengo la impresión que la problemática de este fondo del punto de vista de su difusión actual no carece de analogías con otros fondos antiguos de México. Muchas bibliotecas virreinales, por ejemplo, no se valorizan tanto como lugares de estudio sino como monumentos históricos ofreciendo un cierto espectáculo estético. Al igual de los libros latinos de Salamanca, nuestros volúmenes hebreos de Francfort o de Varsovia evocan, en el lenguaje de Michel Foucault, un fuerte elemento "heterotópico", porque meten en juego la relación ambigua del mexicano respecto al mundo lejano, profundamente religioso, de la antigua Europa.

Sin duda esta ambivalencia es más pronunciada aún en el caso de los libros hebreos, que participan por un lado de la literatura nacional de una comunidad particular y que, por otro lado, han tanto inspirado nuestra tradición judeo-cristiana. Esta tensión entre lo marginal y lo esencial, que los bibliófilos del siglo XVII la

capturaban en su mito de los orígenes, es ciertamente fructuosa: para un público de hoy, la atractividad de los libros hebreos históricos puede resultar precisamente la riqueza de sus referencias interculturales.

הו השני לזו ברוקים יאז בו

1894

מחזור

ראש השנה ויום הכפורים
כסנהג אשכנז

עם פירוש ספר לוי בו יפרש כל
המיישים ב"ד' וכן גם פירוש
עברי וייטש לכאז פירוש הגלות
וכתה המאמר.

ראש השנה ויום הכפורים
עם פירוש ספר לוי בו יפרש כל
המיישים ב"ד' וכן גם פירוש
עברי וייטש לכאז פירוש הגלות
וכתה המאמר.

HEBREW PUBLISHING COMPANY
632-34 Broadway, New York.

Printed in U.S.A.

25

ובחיים הטבעי אה
לחיש ספרה קדושי
לכם כל מלאכת עני
לא מעשי יום הרועה
יהיה לכם

בבעשר לחיש הע
זה מפרה קדושי
לכם ועמדת אור
עשיתיהם כל מלא
לא תעשו

מחזור
רב פונים

האדם לעזוז מפעולין והיחפזים
והאיש
חריב ו געשע

מחזור
חלק ראשון
והוא חלק
ראש השנה
כסנהג

פרס פולין ומערין

עליון חלק ראשון
הוא חלק ראשון
הוא חלק ראשון
הוא חלק ראשון

אני הארץ ואתה יעקב
קדושתך קדושתך
אני
אני חלק ראשון
הוא חלק ראשון
הוא חלק ראשון